

CATEQUESIS Y LITURGIA

Enrique GARCÍA AHUMADA, FSC

1. LA CATEQUESIS DEBE SER KERIGMÁTICA

Catequesis es la iniciación y desarrollo cristiano para quienes se interesan por la Buena Noticia de Jesús Salvador. La antecede la misión, realizada por el testimonio de vida de personas y comunidades cristianas cuyo diálogo respetuoso hace atrayente el Evangelio a quienes no lo conocen o no lo viven. La catequesis comienza cuando a quienes intriga el modo de ser de los cristianos, se les anuncia sintéticamente el amor de Dios manifestado en Jesús, llamando a conocerlo y seguirlo. Eso es el kerigma cristiano o misionero. Kerigma era en la cultura grecorromana el pregón de un heraldo acerca de un hecho importante para el gobernante. El modo abnegado y sencillo de vivir de los cristianos es el primer componente indispensable del primer anuncio de salvación, el segundo es su diálogo amable con sus interlocutores, el tercero y principal es el kerigma cristiano. A un niño podemos decirle que Dios es amor y que en todas partes puede pensar en su presencia amorosa. Le encantará ponerse en su presencia, sentirse amado por él, invitado a amar a los demás y ayudarles a ser también felices con Dios. Se lo diremos porque nos hace felices saberlo. Hasta ahí estamos en la etapa de misión.

La catequesis profundiza la vida con Dios. Para eso se puede explicar un kerigma de Jesús. Puede ser el más simple y frecuente que usó al llamar a ser del reino de Dios apartándose del mal. O puede ser el más reflexivo que proclamó al magistrado Nicodemo:

Enrique García Ahumada es hermano del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es licenciado en catequesis y pastoral y doctor en teología, enseña en el Seminario Pontificio de Santiago de Chile y en la Universidad Finis Terrae, es profesor de estado en religión y asesor de la Sección Catequesis del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM).

«Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Este versículo capital resume la Biblia, expone la vida cristiana con sus misterios de la Trinidad por la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu de amor, y los de la creación, la encarnación, la redención, la Iglesia de los creyentes y la meta final del plan de Dios. En el Nuevo Testamento los apóstoles usaron con entusiasmo su propio kerigma, el anuncio de que Jesús hacía el bien, nos amó hasta el fin, murió por nosotros para quitar los pecados del mundo y resucitó para confortar nuestra esperanza en la vida eterna. La catequesis ha de explicar creativamente esos tres kerigmas bíblicos, muy relacionados entre sí.

2. LA CATEQUESIS DEBE SER MISTAGÓGICA

La vida cristiana es unirse cada vez más con Dios. Exige amar a los necesitados y sufrientes. Es vida nueva, porque desde niños somos egocéntricos y tendemos a buscar placer, poder y poseer. La gratitud por el amor recibido puede convertirnos en personas que hacemos gratis el bien a otros. Además de instrucción, requiere adentrarse en la unión con Dios misterioso, presente aunque invisible. Mistagogía es conducir al misterio de Dios, esencial a la catequesis.

La gloria de Dios es la manifestación de su bondad. Lo dice un texto importante: «Moisés dijo a Yahvé: “Déjame, ver tu gloria”. Él le contestó: “Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad”» (Ex 33,18-19a). El creyente se dedica a prolongar la bondad o amor de Dios, que hizo las maravillas de la creación para que todos gozáramos la vida. La mayor maravilla está revelada por obra de Jesucristo en el siguiente texto: «Su divino poder nos ha concedido cuanto necesitamos para la vida y la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud. Por medio de ellas nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,3-4). Esa participación es el extraordinario don de la vida eterna. El menor, como el mayor, puede sumergirse en el misterio del amor generoso de Dios y prolongarlo con todo su

actuar: hacer agradable la vida a quienes lo rodean, jugar gozando con otros, estudiar para mejorar el mundo, trabajar para servir según su capacidad o talento por la gloria de Dios. Lo cotidiano, trivial al parecer, adquiere sentido divino si se busca expresamente la gloria de Dios y especialmente la vida divina en las personas. La catequesis se hace mistagógica, conductora al misterio de Dios que es amor hasta la unión con él. Al aprender ese modo de vivir, el cristiano se hace misionero.

3. LA CATEQUESIS HA DE CONDUCIR AL CULTO DE DIOS

Aquí prefiero referirme a experiencias. En el Colegio De La Salle de Santiago de Chile en 1968 los padres de familia nos pidieron preparar sus hijos a empezar a comulgar. Nuestra comunidad religiosa, con base en el Concilio Vaticano II terminado en 1965, decidió ayudarles a que ellos los prepararan con ayuda nuestra. Aceptaron. Cada semana los reuníamos para explicarles unos temas que ellos transmitirían a sus hijos con sus propias palabras. Les interesó mucho empezar a comprender el Evangelio para vivirlo y transmitirlo, y entender cosas básicas del Concilio. Después de separarlos en pequeños grupos a cargo cada uno de un hermano, compartían al final del encuentro lo que estaban dispuestos a decir a sus hijos. También cada semana juntábamos a sus hijos para jugar, serenarse con un canto religioso, después sugerirles que agradecieran al Señor lo que quisieran, y que preguntaran a sus padres sobre lo conversado en su reunión con los hermanos. Una vez al mes reuníamos a los padres y los niños. Primero preguntábamos a los niños en presencia de sus padres qué habían aprendido de ellos. Algunos acertaban a decir algunas enseñanzas recibidas, otros se quedaban callados. En segundo lugar animábamos una celebración sencilla basada en un texto bíblico que sintetizaba el tema del mes. Ofrecíamos la palabra para comentarlo y con un canto religioso favorecíamos la libre oración de los fieles. Todo terminaba compartiendo galletas y bebidas que los padres habían traído. Algunos papás o mamás a veces propusieron juegos. Al terminar el año escolar los niños, a medida que se sentían preparados y aprobados por sus padres y por los hermanos, comenzaban a comulgar los domingos en misa en sus parroquias o capillas.

En 1970 la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile estudió las experiencias existentes sobre preparación de niños a la Eucaristía. La más novedosa era la de mamás catequistas. Ellas superaron la costumbre de confiar a catequistas, generalmente adolescentes, la enseñanza del catecismo durante un mes antes del 8 de diciembre, en que los niños y niñas aprobados hacían solemnemente la primera comunión. En cambio, unas señoras preparaban en sus casas grupos de cinco a diez niños, logrando con ayuda de algunos párrocos entregar a sus padres breves temas escritos para conversar en casa con sus hijos sobre textos del Evangelio. Había creciente compromiso de los padres o madres en la formación cristiana de sus hijos. Por primera vez en la historia, en vez de solo declarar la obligación de los padres de ser los primeros catequistas de sus hijos, la Iglesia les ayudaba a serlo mediante estas voluntarias. Varias diócesis publicaban con gran difusión manuales de la mamá catequista para reuniones paralelas de padres y de hijos durante un año para prepararlos a empezar a comulgar. Los obispos prefirieron a eso formar familias cristianas. Decidieron una preparación en dos años a los niños bajo la responsabilidad de sus padres, el primero dedicado a Jesucristo y el segundo a la Iglesia y los sacramentos. Fundaron la catequesis familiar de iniciación a la vida eucarística.

Mis superiores me enviaron en 1972 y 1973 a estudiar en el Instituto Internacional Lumen Vitae de Bruselas. Desde 1974 trabajé en el Instituto Arquidiocesano de Catequesis, donde el liturgista presbítero Carlos Decker difundía con su equipo su programa de catequesis familiar «Al encuentro del Dios vivo». En abril de 1974 el episcopado me nombró director de la Oficina Nacional de Catequesis. Permanecí a medio tiempo en ambas instituciones hasta 1987, en que empecé a trabajar en catequesis en el Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Esos trece años colaboré en confeccionar los materiales y en formar personal especialmente para esa catequesis familiar.

La primera innovación del programa de Santiago fue incluir, según la necesidad observada en nuestras evaluaciones periódicas con los directores diocesanos de catequesis, entre cuatro y doce temas

iniciales antes de presentar la palabra de Dios y a Jesús en primer año. Eran para mejorar las relaciones intrafamiliares y educativas, con leves motivaciones bíblicas comentadas en su aspecto humano. Hacía falta esa etapa misionera familiar. Innovación importante fue incluir una celebración de la Palabra después de cada unidad temática de cuatro o cinco encuentros de los padres. Al término del primer año se propone una celebración comunitaria del perdón, con confesión individual, y del bautismo para quienes lo pedían. Desde 1975 los niños solo se reunían los dos años en celebraciones infantiles semanales de la Palabra. No conozco en la historia anterior de la catequesis la inclusión de algún proceso de tal formación litúrgica práctica. Lamentablemente, algunos autores posteriores han debilitado o suprimido dicha formación litúrgica de los niños mediante celebraciones de la Palabra. Las de adultos se mantienen y se han generalizado a otros programas de catequesis para diversas edades y tipos de interlocutores. Es gran logro de la catequesis posterior al Concilio. En 2005 en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile hicimos un Congreso Internacional de Catequesis Familiar de Iniciación Eucarística. Aportaron experiencias y reflexiones representantes de Chile, Perú, Argentina, República Dominicana, Alemania, España y Corea del Sur. Esta catequesis familiar se extiende ahora en América, Europa, Asia y África. Se necesitan evaluaciones periódicas para adaptarse a las realidades locales cuidando aspectos básicos.

En síntesis, si toda catequesis es para «vivir en Cristo», ha de ser crecientemente mistagógica. La catequesis es educativa, pero la liturgia es esencialmente santificadora, porque en ella el protagonista es Dios con su gracia. Todo programa de catequesis debe incluir momentos de oración que conduzcan a celebraciones de la Palabra y en lo posible a los sacramentos. En la catequesis social y económico-política que elaboramos entre 1980 y 1984 durante la dictadura militar en Chile de 1973 a 1990, no incluimos sacramentos, sí celebraciones de la Palabra. Al adaptarla en el programa semanal nacional de «Catequesis social» de Radio María de abril a noviembre de 2017 en preparación a las elecciones presidenciales y parlamentarias, cada emisión terminaba con oración. No nos bastaba formar activistas sociales. El objetivo de la catequesis es

formar cristianos dedicados al «reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Eso implica iniciar y desarrollar la vida de oración, para «que Cristo habite por la fe en los corazones» (Ef 3,13). En consecuencia, los cristianos extenderán el reino de la bondad de Dios.